

la escuela y de su hogar, y llegó hasta el teatro de la guerra. En Plewna le acepté como voluntario, y peleó valerosamente bien en el gran asalto y toma subsiguiente de la fortaleza de Osmán bajá. En Senova mandaba una compañía del regimiento 32, y tuvieron encargo de efectuar el asalto por el reducto del centro. Arrastrado por su entusiasmo y completa indiferencia del peligro, dejó el joven bien pronto atrás a sus soldados, y se libró de la lluvia de balas para ser muerto a bayonetazos, al entrar en el reducto. ¡Su vida fué breve pero heroica!»

Tal es el heroísmo; y ahora el efecto. «Atravesando el río penetramos en el reducto del centro de la pequeña península, y ¡qué espectáculo se nos presentó! Alrededor del portón del reducto se hallaban desparramados botes de metralla deshechos, fragmentos de granadas, jirones de uniformes, como si la batalla hubiera tenido lugar sólo algunos días antes. Más difícilmente estaba preparado yo para el espectáculo de adentro. Algunas centenas de hombres habían sido enterrados allí precipitadamente; pero las lluvias y las nieves habían esparcido la tierra suelta, los perros y los lobos habían hecho lo demás, y por todo el suelo del reducto estaba esparcida una gran mezcla de huesos humanos. Vértebras, canillas y brazos, confundidos en las más extrañas formas con cráneos blanqueados por el sol y la lluvia. «¡Observad cómo gesticulan esas bocas sin vida y sin aliento! ¡Observad cómo ríen y se mofan de todo lo que sois, y no obstante, eran lo mismo que vosotros sois!» Yo he experimentado todos los estremecimientos de un paseo a través de un campo de batalla inmediatamente después del acontecimiento, mientras que aun estaba la tierra enteramente cubierta con otra arquilla—amontonados el jinete y el caballo, el amigo y el contrario—, pero no experimenté ni la mitad del horror que me produjo este espectáculo diez y seis meses después que habían cesado sus tumultos y alarmas. Cuando contemplábamos este osario me dijo el general Scobelev: «¡Y ésta, ésta es la gloria!» «Sí—respondí yo—, después de todo, general,

The drying up a single tear has more
Of honest fame than shedding seas of gore (1).

«Tenéis razón—replicó él—, no soy otra cosa más que un soldado.»

(1) El hecho de secar una lágrima alcanza más honrada fama, que el derramar mares de sangre.

CAPÍTULO IX

HEROÍSMO EN LA BENEFICENCIA

Main de femme, mais main de fer.—
Proverbe français (1).

Chi non soffre, no vince.—Proverbio
italiano (2).

He who tholes overcomes.—Scotch
Proverb (3).

The path of Duty in his world, is the
road to salvation in the next.—JEWISH
SAGE (4).

For none of us liveth to himself and
no man dieth to himself.

SAINT PAUL (5).

En los tiempos antiguos, eran sinónimos virtud y valor. El valor, el antiguo valor romano, entrañaba consideración, valer. Era vigor y fortaleza, eficaces para nobles propósitos. El que mejor sirve a sus semejantes—que los eleva—que les salva—es el más valiente.

Hay asimismo un valor interno, de conciencia, de honradez, de abnegación, de sacrificio de sí mismo, de atreverse a hacer lo que es justo a la faz del menosprecio de la sociedad. Su rasgo característico es la grandeza de ánimo. El sufrimiento y la energía constituyen el alma del valor, el verdadero valor.

El valor cuyo teatro es el campo de batalla no pertenece al orden más elevado. Entre el ruido de las bayonetas y el estruendo del cañón, se sienten excitados los hombres para cometer actos de osadía, y están prontos a dar su vida en favor de su patria. ¡Honor a ellos!

Las mujeres, cuya incumbencia parece ser llevar y conllevar, son tan aptas para el sufrimiento como los hombres. En las historias sangrientas de la guerra, no hay tal vez ninguna que cautive más nuestros corazones, que aquella de la mujer que vistió traje de hombre para seguir a su marido al combate, que

(1) Mano de mujer, pero mano de hierro.—Proverbio francés.

(2) Quien no sufre, no triunfa.—Proverbio italiano.

(3) El que lucha, vence.—Proverbio escocés.

(4) La senda del deber en este mundo es el camino de la salvación en el otro.—De un sabio judío.

(5) Porque ninguno de nosotros vivió para sí, y ningún hombre murió para sí.—SANTO PAUL.

estuvo a su lado cuando cayó, y luego arrojó la muerte antes que separarse de su cadáver. ¡ Cuántos hay de estos soldados del mundo, combatiendo siempre cuesta arriba en la batalla de la existencia; luchando siempre por una posición sin poder obtenerla nunca, diezmados siempre por la artillería de la necesidad; rechazados, derrotados, sin esperanza y volviendo, sin embargo, a la carga!

El héroe cristiano no se siente impulsado por ninguno de esos hechos de osadía como el héroe militar. El campo en que obra no es el de la agresión o de la lucha, sino el del sufrimiento y del sacrificio de sí mismo. Ninguna condecoración brilla sobre su pecho, ningún estandarte ondea sobre él. Y cuando cae en el cumplimiento de su deber, como a menudo acontece, no recibe los laureles de nación alguna, ningún pomposo duelo, sino únicamente la silenciosa caída de algunas lágrimas sobre su sepulcro.

El hombre no ha sido hecho para la fama o la gloria o el éxito, sino para algo más elevado y más grande de lo que el mundo puede dar. « Dios ha dado al hombre—dice Jeremías Taylor— un corto espacio de tiempo sobre la tierra, y, sin embargo, la eternidad depende de ese corto tiempo. Debemos recordar que tenemos que vencer a muchos enemigos, que evitar muchos males, que cruzar muchos peligros, que dominar muchas dificultades, que someternos a muchas necesidades, y que hacer mucho bien.»

El sacrificio de sí mismo es lo que distingue al cristianismo. Los mejores hombres y mujeres jamás han sido egoístas. Se han dado siempre a los demás, sin consideración por la gloria o la fama. Han encontrado su mejor recompensa en la conciencia propia del deber cumplido. Y, no obstante, muchos mueren sin oír el « ¡ bien hecho ! » de aquellos a quienes han servido. « Haced a los demás lo que queráis que se hiciese con vosotros », es un mandato de infinita aplicación. Y, sin embargo, no es fácil poder dar cumplimiento a esta obligación, a lo menos para aquellos que viven en la abundancia o en la indiferencia.

No hay una sola cosa inútil en la existencia, si tan sólo la pudiéramos comprender; no hay una de nuestras experiencias de la vida que no esté llena de significado, si tan sólo lo pudiéramos ver. Hasta la desgracia es con frecuencia la más segura piedra de toque de la excelencia humana. El poeta más célebre de Alemania ha dicho que « aquel que no ha comido su pan con lágrimas, y que no ha pasado noches de dolor llorando en su lecho, no conoce todavía una fuerza divina ». Cuando acontecen sucesos dolorosos, quizá nos son enviados únicamente para probarnos y experimentarnos. Si nos conservamos firmes en nuestra hora de

prueba, da esta firmeza serenidad al espíritu, que siempre siente satisfacción en obrar de conformidad con el deber.

Las oportunidades de realizar el bien se presentan a todos aquellos que obran y quieren. El espíritu diligente encuentra su camino hacia el corazón de los demás. La paciencia y la perseverancia triunfan de todas las cosas. ¡ Cuántos hombres, y cuántas mujeres también, están dispuestos a morir sin el aplauso de la sociedad! Se consagran a visitar a los pobres; atienden a los enfermos; padecen por ellos, y se contagian con las enfermedades infecciosas de que mueren. Muchas vidas han acabado así a causa del deber y de la piedad. No tenían otra recompensa que la del amor. El sacrificio sufrido por otros y no para sí mismo, es siempre el sagrado.

Epiménides, filósofo y poeta de Creta (1), fué llamado a Atenas para que contuviera la plaga. Fué, y logró contener la peste, pero rehusó recompensa alguna, excepto la buena voluntad de los atenienses a favor de los habitantes de Gnoso, donde él residía.

Antiguamente era la peste una enfermedad espantosa. Las gentes huían de ella, y también unos de los otros. Los enfermos de la peste eran abandonados frecuentemente para que muriesen solos. Sin embargo, muchos nobles y abnegados, hombres y mujeres, se ofrecían para contener la enfermedad. Hará unos tres siglos que estalló la peste en la ciudad de Milán. Residía entonces (1576) en Lodi el cardenal arzobispo Carlos Borromeo. En el momento se presentó voluntariamente en el lugar infestado. Su clero le aconsejó que se quedase donde estaba, y que esperase a que la enfermedad se hubiese concluido por sí misma. Contestó: « No! Un obispo cuyo deber es dar su vida por su rebaño, no lo puede abandonar en los momentos del peligro.»

La peste duró unos cuantos meses. En ese tiempo visitó el cardenal personalmente a los enfermos, en sus casas, en los hospitales, en todas partes. Los cuidaba, les daba alimentos y medicinas y les administraba los sacramentos cuando iban a morir. El ejemplo que dió fué seguido por su clero, que atendía a las personas con tanta abnegación como él mismo. Y sólo cuando el último hombre hubo muerto, y el último se hubo restablecido, fué cuando el buen arzobispo volvió a sus deberes episcopales.

Este cardenal tiene títulos a la consideración general también en otro concepto. Fué uno de los primeros en instituir una escuela dominical para la educación de los hijos de los pobres. « El domingo fué hecho para el hombre, y no el hombre para el domingo. » Toda obra buena podría ser hecha en ese día, lo mis-

(1) Créese que a él se refiere San Pablo en su Epístola a Tito I, 12.

mo que en cualquier otro día. El cardenal llamó a sí a los niños de las calles, llevándolos a la catedral de Milán los domingos por la tarde, y les enseñó a leer y a escribir. Llevaban consigo sus cuadernos y sus pizarras en que escribían sus lecciones. Sus sacerdotes le ayudaban y la institución se hizo popular. Han pasado trescientos años, la escuela dominical del cardenal Borromeo existe aún. En la primavera de 1879 el autor de estas líneas vió reunirse a los niños en la catedral, con sus pizarras y sus libros, para recibir sus lecciones en la escuela dominical.

El cardenal gastaba todas sus rentas en edificar escuelas y colegios y en obras de caridad y misericordia. La perversidad era grande en su tiempo, e hizo cuanto pudo para destruirla. Principió con los de su misma clase. Se esforzó porque tuviera efecto una reforma del clero, especialmente de las órdenes monásticas. Trabajó para introducir un método de vida mejor en la orden de los *Umiliati*, quienes daban motivo de escándolo por la licencia de su conducta. Creían ellos que el cardenal era igualmente licencioso porque enseñaba a leer a los niños pobres en la gran catedral. Se le tuvo por un profanador del domingo, del santuario y del sacerdocio (1). Se creyó que su escuela dominical era una *innovación peligrosa*. Los *Umiliati* pagaron a un hombre para que asesinara al cardenal mientras estaba en el altar. En el momento en que el coro cantaba el verso: «Que no se afije vuestro corazón, ni tampoco tengáis miedo», hizo fuego el asesino con un arcabuz sobre el cardenal. La bala le dió en la espalda, pero la capa pluvial de seda bordada que tenía puesta, la rechazó, cayendo al suelo el proyectil. El cardenal era valiente y resuelto. Mientras que en torno suyo estaban todos consternados, continuó en silenciosa plegaria.

Volvamos a la peste. Visitó la enfermedad repetidas veces a este país (2) en una época en que el pueblo estaba peor alimentado y cuando aun se hallaban completamente desatendidas las condiciones higiénicas. Fué fatalísima para Londres, donde las calles eran angostas, sucias, mal ventiladas y mal provistas de agua. Su última aparición tuvo lugar en 1665; murieron de ella cien mil personas, cuando la población de Londres no era ni la sexta parte de lo que es hoy. Se extendió de Londres al campo. Si bien la mayor parte de las personas huían de la enfermedad

(1) «Y hoy—dice un autor americano—, si algún hombre intenta hacer el trabajo de escuela dominical de ese modo abierto y extensivo que abarca toda la vida del niño, que es el único práctico y de buenos resultados para hacer la obra tal cual la quiere Cristo, se le dirigen acusaciones. Por ejemplo, que intente atajar la marea de la literatura facilitando buenos y sanos libros seculares de su biblioteca, o que intente vencer la vagancia, teniendo en su escuela una comisión de colocaciones, y en el acto levantan los protectores del domingo y los defensores de la Biblia. Porque los israelitas jamás han carecido de un hombre para ponerse frente al Señor en todas las generaciones. Hermanos de los Santos Huesos, ¿no se extinguirá jamás vuestra raza obstruccionista?»

(2) Inglaterra.

hubo muchos casos de noble abnegación. El obispo Morton, de York, fué uno de éstos. No pensó en sí, sino en su rebaño. Se fundó una *casa de peste* u hospital para la colocación de los más pobres. Eran sacados de sus miserables hogares y atendidos cuidadosamente. Aunque era difícil encontrar enfermeros, siempre estaba allí el obispo. Cual buen soldado, se hallaba firme en su puesto. Cuando faltaba alimento se iba a caballo a su alquería y traía alforjas con provisiones en el mismo caballo en que montaba. No quiso que sus sirvientes corrieran el peligro que él corría: y no sólo ensillaba y desensillaba su caballo, sino que mandó poner una puerta aparte para poder entrar y salir sin mezclarse con las personas de la alquería. De ese modo se consiguió aislar la peste en York. El obispo era un hombre desinteresado, generoso y bueno en toda la extensión de la palabra. Cuando aumentaron sus rentas, las gastó todas en limosnas, en hospitales y en ayudar a toda buena obra. Su vida fué toda como un acto único de piedad sincera y de benevolencia cristiana.

En Londres, huyeron Sydenham y la mayor parte de los médicos; pero permanecieron algunos hombres generosos. Entre éstos estaba el doctor Hodges, que permaneció en su puesto. Continuó en su incesante cuidado de los enfermos. No obtuvo ventaja alguna de sus trabajos, excepto la aprobación de su propia conciencia. Cayó en la pobreza y estuvo preso por deudas en la cárcel de Ludgate, y allí murió en 1688. Dejó el mejor relato que se ha escrito sobre la última peste (1).

De Londres, como hemos dicho, se extendió la enfermedad al campo. En muchos sitios lejanos se indican lugares en los que, según dicen, *enterraron a la peste*. Por ejemplo, en la distante aldea de Eyam, en Desbyshire, recibió un sastre un cajón de paños de Londres. Mientras los ponía a secar frente a la chimenea, fué atacado por una enfermedad, y murió de la peste al cuarto día. La enfermedad cundió. Los habitantes, que sólo eran 350, meditaban emprender una dispersión general, mas esto fué impedido por el heroísmo del cura párroco, el reverendo Guillermo Monpesson. Hizo comprender a las personas que iban a difundir la enfermedad por todas partes, y se quedaron. Envió lejos a sus niños y quiso enviar a su mujer medio enferma; pero ésta permaneció al lado de su esposo.

El señor Monpesson decidió aislar la aldea, de manera que la peste no pudiese cundir a los distritos vecinos. El conde de Devonshire contribuyó con todo lo que era necesario, incluso alimentos, medicamentos y demás cosas útiles. Para no juntar a

(1) El más conocido de estos relatos es el que escribió De Foe, publicado en 1722, basado, según toda apariencia, de diarios auténticos, y de memorias públicas y privadas; pero el mejor es el del doctor Hodges, que vió la luz pública en 1672, en latín, siendo traducido al inglés en 1720 por el doctor Juan Quiney.

los habitantes en la iglesia, hacía el servicio divino en campo raso. Escogió una roca en el valle, para que le sirviera de altar, y las personas se acomodaban en la verde falda a su frente, de manera que le oían perfectamente.

Por espacio de siete meses hizo estragos la peste. La congregación era menor cada vez que se reunía. El párroco y su mujer estaban constantemente con los enfermos, cuidándolos, curándolos y alimentándolos. Al fin enfermó de la peste su mujer, y por su estado débil sucumbió en breve. Fué enterrada, y sobre su tumba dijo el párroco, como lo había hecho sobre tantas otras de sus parroquianos: «¡Benditos sean los muertos que mueran en el Señor! así lo dijo el Espíritu Santo; porque descansa de sus fatigas.» El párroco se hallaba dispuesto a morir, pero vivió en la esperanza. Fallecieron las cuatro quintas partes de los habitantes, y fueron enterrados en una colina sana y más arriba de la aldea. «Puedo decir con verdad—escribía más adelante el pastor—, que nuestro pueblo se ha convertido en un Gólgota, en un sitio de cráneos... Ha habido sesenta y cinco familias que han sido visitadas en mi parroquia, de las cuales han fallecido 296 personas.» El mismo señor Monpesson alcanzó una edad avanzada. Se le propuso ser deán de Lincoln, pero lo rehusó. Quiso mejor quedarse con sus feligreses y cerca de la tumba de su amada esposa. Murió en 1708.

Cosa extraña, unos cincuenta años más tarde, estando algunos labradores removiendo la tierra cerca del lugar en que la peste había sido enterrada, tropezaron con algunos trapos, evidentemente pertenecientes a los sepulcros de los muertos, y en el acto fueron atacados de tifus. Tres de los individuos murieron, pero el contagio se esparció por el pueblo, y sucumbieron setenta personas. Parece que el tifus es superviviente de la peste, y muchos son los pueblos de Inglaterra donde esta espantosa enfermedad se lleva anualmente a miles de personas.

Recuerda el autor una epidemia de tifus, cuando vivía en Leeds hace unos treinta y tres años. Principió en los parajes más pobres del pueblo, y se propagó a los barrios más ricos. En una manzana, había en siete casas veintiocho personas enfermas del tifus, tres de las cuales carecían de camas. Lo mismo ocurría en las demás manzanas y edificios. En una casa, en donde doce tenían el tifus, no había una sola cama. La casa de convalecencia y el hospital de fiebre estaban completamente llenos. Construyóse un techado provisional de madera para hospital, y un molino se desocupó para recibir en él a los enfermos.

El doctor Hook, vicario de Leeds entonces, y el reverendo G. Hills (más tarde obispo de Colombia), visitaban diariamente estos lugares. Proporcionaban todo el bienestar y la asistencia

que podían dar. Los sacerdotes católicos eran muy diligentes y generosos. Cuando estalló la peste, fueron en el acto a asistir a los pobres. Iban sin temor y piadosamente a los alojamientos más contaminados y pestilentes, donde respirar el aire envenenado causaba la muerte. Se les hallaba a la cabeza de los moribundos y de los que acababan de morir. Ningún peligro intimidaba a sus valerosos corazones. Veían ante sí a la muerte, más no la tenían miedo. Contagiáronse de la peste, y uno por uno fueron enfermándose y murieron. Primero falleció el reverendo Enrique Walmsley, el más antiguo de los sacerdotes católicos. Al día siguiente murió el segundo: solamente había estado tres semanas en Londres. Otros se apresuraron a llenar los huecos, como si tuviera que tomarse una ciudad sitiada. Solicitaban vehementemente que se les permitiera ocupar el puesto de peligro. Después cayó víctima el sucesor del señor Walmsley. Murieron otros dos; en junto, cinco. Se erigió un monumento sencillo a su memoria, como a hombres que «habían caído víctimas de la fiebre, en el cumplimiento de sus sagrados deberes, en 1847.»

Además de éstos murió de la misma causa un cura de la iglesia parroquial. Un caballero bien conocido por sus esfuerzos en favor de la causa de la templanza, murió igualmente. Dos de los médicos de la ciudad cayeron enfermos, y uno de ellos murió. En todo, sucumbieron 400 personas a causa de la peste. Los cirujanos y los médicos siempre se hallan en contacto con las enfermedades, aunque sean más o menos infecciosas. Estos hombres arrostran la muerte bajo todos sus aspectos, frecuentemente sin tener la menor esperanza de recompensa. Dondequiera que sean llamados, allí van, llenando su deber sin miedo, y algunas veces sin que se lo agradezca nadie. Gastan y se gastan, trabajan y batallan, hasta que les faltan las fuerzas y su corazón se desgarran; y entonces se apodera de ellos la fiebre y sucumben. Los héroes como éstos atraviesan silenciosamente la vida, y nunca les alcanza la fama. Los más grandes héroes entre todos son hombres a quienes el mundo no conoce.

Los cirujanos han cumplido siempre su deber en campaña, de igual modo que en las viviendas de los pobres. Han estado bajo el fuego, y han traído a los soldados heridos para vendarlos y atenderlos. En este concepto era un cumplido héroe el cirujano francés Larrey. Durante la retirada de Moscow se le vió ejecutar una operación literalmente sufriendo los fuegos del enemigo. No tenía más que un capote de campaña para poder resguardar al paciente. Mantenialo sobre él a manera de toldo para protegerle de la nieve que caía. En otro caso, que sucedió en los arenales de Egipto, el osado cirujano de pequeña esta-

tura, manifestó un celo igual. Acababa de tener lugar un combate con los ingleses, y entre los heridos se hallaba el general Silly, cuya rodilla había sido destrozada por una bala. Larrey comprendió que tendría fatales consecuencias si la pierna no era amputada inmediatamente, y lo propuso. Accedió el general a que se hiciera la operación, la cual se llevó a cabo en tres minutos y bajo el fuego del enemigo. Pero he aquí que se aproximaba la caballería inglesa. ¿Qué iba a ser del cirujano francés y de su querido enfermo? «Apenas tuve tiempo—escribe Larrey—de poner al herido sobre mis espaldas y llevarle rápidamente hacia nuestro ejército, que estaba en completa retirada. Reparé en una serie de zanjas, algunas de ellas plantadas con arbustos y alcarparras, y pasé a través de todas, mientras que la caballería se vio obligada a hacer una marcha circular en aquel campo tan cortado. De ese modo conseguí llegar a la retaguardia de nuestro ejército antes que el cuerpo de dragones. Por fin llegué a Alejandría con este honrado oficial herido, donde acabé su curación.»

He aquí otro héroe. Al doctor Salsdorf, cirujano sajón del príncipe Cristián, le fué destrozada una pierna por una granada al comienzo de la batalla de Wagram. Mientras estaba echado en el suelo, vió como a unos quince pasos de él al señor De Kerboug, el ayudante de campo, quien, herido por una bala, había caído y se hallaba vomitando sangre. Vió el cirujano que moriría muy pronto el oficial a no ser que se le auxiliara en el acto. Reuniendo todas sus fuerzas, se arrastró hasta acercarse al oficial, le sangró y le salvó la vida. De Kerboug no pudo abrazar a su bienhechor. El doctor herido fué transportado a Viena, mas se hallaba tan aniquilado que sólo sobrevivió cuatro días a la amputación de su pierna.

Cuando un ejército avanza, es costumbre poner los carros en la retaguardia para la colocación de los heridos. Cuando caen los soldados, son conducidos adonde está el cirujano para atenderlos. Si el ejército es rechazado, tienen que huir los cirujanos y los heridos o caer prisioneros. En la batalla de Alma huyeron los rusos persiguiéndoles los ingleses y franceses. Habían sido abarrotados muchísimos heridos. Varios centenares de rusos fueron llevados a la parte oriental del campo, donde fueron colocados en filas en un sitio cubierto cerca del río.

Por fortuna había en el cuartel general un cirujano, cuyo sentimiento de honor y de deber estaba sostenido por una voluntad firme, por una irresistible energía, por un criterio sano y un dominio de índole pocas veces unidos a una gran actividad. Tal era el doctor Thompson, del regimiento 44.º Aunque el país había sido abandonado por los rusos, logró reunir 400 libras de

galleta y los hombres necesarios para que le auxiliaran en su empresa. Hizo que en seguida se diera de comer a los heridos, pues no habían tomado alimento alguno hacía veinticuatro horas. Luego se puso a hacer la cura de las heridas. Esto le tuvo ocupado desde las siete de la tarde hasta las once y media de la noche.

En este tiempo ya habían dejado los soldados de conducir a los heridos ingleses a los buques, en Eupatoria. Y entonces el doctor Thompson y su sirviente Juan M'Grath, se quedaron con los heridos rusos. Allí permanecieron solos durante tres días y tres noches, con el sol abrasador por el día, y por las noches bajo las heladas estrellas. Por fin se presentó la oportunidad de embarcar los rusos y enviarlos a un puerto ruso bajo bandera de parlamento. «Cuando por fin—dice mister Klinglake—llegó de la costa en la mañana del 26 el capitán Lushington, de la *Albión*, y descubrió a sus dos compatriotas en su triste puesto del deber, experimentó profunda admiración por el ánimo que habían demostrado, y de simpatía por lo que habían soportado» (1).

De igual modo el doctor Kay, cirujano del hospital de Benarés, durante la insurrección de la India, permaneció en su puesto con riesgo de su vida, pues el enemigo avanzaba para destruirlo a él y a sus enfermos. Nadie ha olvidado los horrorosos sucesos de Cawnpore, donde todos perecieron, hasta el último hombre, la última mujer y la última criatura. No obstante, los ingleses se sostuvieron hasta el fin, bajo los destructores fuegos de los sepoyas amotinados. «Es difícil concebir, como regla general—dice Mr. Collier de Nueva York—, un hombre más falto de lo que llamamos religión, que el soldado raso. Toda su vida, infeliz, la hace muy difícil tener una idea de ella, y él tiene muy pocas. Pero ha quedado evidenciado, desde la gran sublevación de los sepoyas, que en la India les fué ofrecida a un gran número de estos hombres en el ejército inglés, la alternativa de renunciar la religión cristiana y abrazar la de los rebeldes o ser asesinados por todos los horribles modos que puedan inventar el odio y la venganza de los paganos. Se cree que murieron todos, hasta el último hombre, no habiendo llegado a conocerse un solo caso de que algún soldado raso haya cedido... Eran hombres que pertenecían al cristianismo, y las tenazas no pudieron arrancar de sus corazones esa sencilla virilidad ni el fuego aniquilarla... Así es, que bien puede haber virilidad donde existe muy poca gracia, si es que por gracia entendéis ese algo virtuoso, una vida pura y santa y una religión llena de conciencia.»

Y aquí contaremos la abnegación de dos cabos del regimien-

(1) Klinglake, Crimea, III, 334.

to 70' durante la última invasión del cólera en Moultan. Debido a la ausencia de mujeres cuidaron a los enfermos y a los moribundos. Trabajaron día y noche en el hospital de coléricos. El cabo Derbyshire sucumbió al fin de puro cansancio, pero su puesto fué ocupado por otro. El otro cabo, Hopper, se presentó espontáneamente para prestar servicios de hospital en Topah, donde se captó la gratitud, tanto de los médicos como de las autoridades militares. Los cirujanos se hallaban siempre en sus ocupaciones en ambos sitios, arrostrando la muerte a cada paso. Cuando poco después visitó a Moultan el general en jefe, dió públicamente las gracias a Derbyshire y a Hopper en medio de sus camaradas llenos de admiración.

Pero en ocasiones se mostraba esta misma cualidad en medio de la lluvia de balas y de metralla. En el sitio de Cádiz por los franceses, en 1812, eran muertos hombres y mujeres en las calles, en las ventanas y en el interior de las casas. Cuando el enemigo arrojaba una bomba, se les advertía a los habitantes por medio de un tañido de la campana mayor, lo cual servía como señal. Un día se oyó una campanada grave, en señal de que venía una bomba. Esa misma bomba chocó furiosamente en la campana y la hizo añicos. El monje que tenía la obligación de tocarla, se pasó muy tranquilamente a la otra. El buen hombre había triunfado del miedo a la muerte.

Pero un acto de singular valor fué desplegado por una mujer durante el mismo sitio. Matagorda era un fortín exterior sin fosos ni techos a prueba de bomba. En este fortín fueron puestos de guarnición 140 ingleses, con la misión de impedir la terminación de las obras francesas. Un navío español de setenta y cuatro y una flotilla armados, cooperaban a la defensa, mas una batería que había estado oculta hasta entonces, rompió sus fuegos contra los buques, y después de haberlos inundado con bala roja, los compelió a refugiarse en el puerto de Cádiz. Cuarenta y ocho cañones y morteros del mayor calibre concentraron sus fuegos contra el fortín. El débil parapeto desapareció ante la espantosa granizada de balas y bombas, dejando únicamente el desnudo terraplén y los denodados corazones de la guarnición. Durante treinta horas no cesó esa tempestad, y entonces fué cuando sucedió la historia de la mujer de Matagorda.

La mujer de un sargento, llamado Retson, se encontraba en una casamata cuidando a un herido. El paciente tenía sed y quería beber algo. Llamó ella a un muchacho tambor, y le pidió que fuese al pozo y trajera un balde de agua. El muchacho vaciló, porque sabía que el pozo era barrido por las balas y las bombas del enemigo. Le arrebató de sus manos el cubo, y se fué al

pozo. Arrostró el espantoso cañoneo, bajó al pozo, llenó el cubo con agua, y aunque una bala le cortó la sogá en su misma mano, la volvió a tomar, volvió con el agua adonde estaba su enfermo y cumplió su deber.

Las balas llovían profusamente sobre el sentenciado fortín. Un asta que sostenía la bandera española fué echada abajo seis veces en una hora. Por último, viendo sir Tomás Graham (después lord Lynedoch) que la defensa era imposible, envió un destacamento de botes para que sacasen a los que vivían. Uno de los bastiones fué volado bajo la dirección del mayor Lefebre. Mas también cayó él, el último hombre que con su sangre regaba las ruinas así abandonadas. Luego se llenaron los botes, y los hombres volvieron a Cádiz. Iban acompañados por la heroica mujer de Matagorda.

¿Creerá alguien que las mujeres pueden hacerse cargo de atender a los soldados enfermos en tiempo de guerra? Y, no obstante, esto se hace valerosa y noblemente. Las enfermeras solían ser escogidas entre la misma clase de personas que se usan como sirvientas de casa. Sólo después que la señorita Nightingale se hubo creado un puesto honroso en la Historia, debido a su noble abnegación en el cuidado de los enfermos y heridos, fué cuando las personas principiaron a darse cuenta de que atender enfermos era una cosa que se tenía que aprender, que exigía inteligencia, buena voluntad y competencia, lo mismo que caridad, afecto y amor. «Se ha dicho y escrito muchísimas veces—dice la señorita Nightingale—, que toda mujer es una buena enfermera. Yo creo, por el contrario, que los elementos precisos para ser enfermera, son completamente desconocidos.» ¿Pero cómo aconteció que ella se dedicara a la profesión de enfermera? Muy sencillamente: tan sólo por un sentimiento de amor y de deber. No necesitaba consagrarse a una ocupación tan llena de pruebas y desagradable. Era una señorita, joven y llena de perfecciones, y poseía abundantes recursos. Era feliz en su casa, dentro de un círculo que la admiraba. Había sido favorecida con todo aquello que podía hacer querida la vida social y doméstica. Mas renunció a todas esas consideraciones, y prefirió hollar la senda que conduce al sufrimiento y al pesar. Siempre tuvo un afecto compasivo por sus semejantes. Enseñaba en las escuelas, visitaba a los pobres, y cuando se encontraban enfermos, los alimentaba y los atendía. Vivía en un pequeño rincón de Inglaterra y trabajaba allí, en Embley, en Hampshire; pero uno puede hacer tanta obra buena secretamente como a la luz del día.

El mundo alegre se abría delante de ella. Pudo haber hecho

lo que otras señoritas hacen en la ciudad (1), pero su corazón la guiaba a otra parte. Se interesó por los que sufrían, por los perdidos y por los humillados. Visitó los hospitales, las prisiones y los institutos reformistas. Mientras que otras pasaban deliciosos días de vacaciones en Suiza y en Escocia, o a orillas del mar, se hallaba ella ocupada en una escuela alemana de enfermedades o en un hospital alemán. Empezó por el principio. Aprendió el uso de los trapos para limpiar, de los cepillos de fregar los pisos y del plumero; y por grados se puso a estudiar el arte de ser enfermera. Por espacio de tres meses continuó atendiendo día y noche a los enfermos, y de esa manera adquirió considerable práctica en los deberes y quehaceres de un conserje de hospital.

Al volver la señorita Nightingale a Inglaterra, continuó sus trabajos. El Hospital para ayas enfermas estaba a punto de fracasar por su mala administración, y ella se encargó de atenderlo. Se privaba del afecto de su hogar y del aire fresco del campo, para consagrarse al lúgubre hospital de la calle Harley, donde daba su ayuda, tiempo y medios al cuidado de sus hermanas enfermas. Aunque salvó el instituto, empezó a desmejorarse su salud bajo la presión del trabajo, y se fué por algún tiempo a tomar las restauradoras brisas de Hampshire.

Pero se oyó nuevamente otro grito pidiendo auxilio. La guerra de Crimea seguía con furia. Había gran necesidad de enfermeras prácticas. Los soldados heridos estaban abandonados en los hospitales del Bósforo, casi sin asistencia. Obedeció ella a sus nobles impulsos y fué en el acto en su auxilio. Embarcóse en un buque que iba a Scútari. Lo hacía con gran riesgo, con peligro de su vida, de penalidades y contingencias de todas clases. ¿Mas quién piensa en los peligros cuando el deber impele al espíritu valeroso? La señorita Nightingale se hizo cargo de todo lo que se le pidió. Marchó al centro de los padecimientos humanos, cuidó de los soldados y marineros heridos, organizó el sistema de enfermería y tomó en sus manos la vigilancia de todo.

Los heridos aliviáronse con la paciente asistencia y cuidados de la dama inglesa. Los soldados la bendecían al ver caer su

(1) Predicando en Oswestry el obispo de Mánchester, leyó una carta de una señorita joven, dándole la cuenta que sigue de cómo pasaba el día, y en la que le preguntaba si en él había tiempo alguno para ocuparse en algún trabajo cristiano: «Almorzamos a las diez. En el almuerzo empleamos como una hora, durante la cual leemos nuestras cartas y en los periódicos las noticias sociales. Después de esto tenemos que ir a contestar muchas cartas, y mi madre desea que escriba sus tarjetas de convite, o que conteste a las que recibe. Luego tengo que ir al invernadero y dar de comer a los canarios y a los loros, y cortar las hojas muertas y flores marchitas de las plantas. Entonces ya es tiempo de vestirse para el lunch, que tomamos a las dos. A las tres quiere mi madre que la acompañe a hacer visitas, y en seguida volvemos a casa a tomar el té de las cinco, visitándonos allí algunas amigas. Después nos preparamos para dar una vuelta en coche por el Parque, y en seguida regresamos para la comida, y después de la comida vamos al teatro a ver la ópera, y luego que regresamos estoy tan espantosamente cansada, que no sé qué hacer».

bre sus almohadas la sombra de su imagen por la noche. Ignoraban su nombre, la llamaban ingenuamente «la dama de la lámpara».

He sleeps! who o'er his placid slumber bends?
His foes are gone, and here he hath no friends.
Is it some seraph sent to grant him grace?
No! 'Tis an earthly form wit heavenly face (1).

Los soldados adoraban a la dama doncella. Se abstentían de pronunciar frase alguna grosera y que pudiera lastimarla. Cuando se hacía necesaria una operación, soportaban el dolor sin retroceder. Hacían todo lo que podían por seguir su consejo y su ejemplo. Ella, por su parte, cobró un cariño grande a los soldados rasos. No sólo se esmeraba en proporcionarles el bienestar personal, sino que mantenía correspondencia con sus amigos de Inglaterra, de Irlanda y de los lejanos valles de Escocia. Ella les guardaba su dinero. Dedicaba una tarde de cada semana para recibir y enviar sus economías a sus amigos de la patria. ¡Cuánta gratitud profesábanla los soldados! ¡Y cuánto pensaba ella en ellos y cuánto los cuidaba!

«El valor sencillo—dice ella—, la sufrida paciencia, el buen sentido, la energía para sufrir en silencio, ¿qué nación manifiesta esto en la guerra, mejor que su más insignificante soldado?... Digan los hombres lo que quieran, hay algo más verdaderamente cristiano en el hombre que da su tiempo, su fuerza, su vida, si es preciso, para algo que no sea él, llámelo su reina, su patria o su bandera, que en todo el ascetismo, ayunos, humillaciones y confesiones que nunca se hayan hecho; y ese espíritu de dar uno su vida, sin llamarlo sacrificio, en ninguna parte se encuentra como en Inglaterra.» ¡De esa manera tenemos mucho que aprender de la vida y ejemplo dado hasta por el más común de los soldados!

La señorita Stanley siguió a Crimea a la señorita Nightingale. Entregóse a su cuidado un segundo destacamento de cincuenta enfermeras y señoras. Las condujo a Constantinopla y ella permaneció en Turquía durante cuatro meses, cuidando el hospital naval de Therapeia, y luego estableciendo el hospital militar de Koulalee. Cuando vio llegar a los soldados heridos en Inkerman, escribióle a una amiga de Inglaterra: «No sé qué espectáculo destroza más el corazón, si el ver a hombres bien formados y fuertes consumidos por las fatigas, y sucumbiendo a causa de ellas, o a los otros que vienen horriblemente heridos. Todo el día de ayer fué empleado en coser fundas de colchones, después en lavar y ayudar a los cirujanos en la cura de los heridos, y en ver

(1) ¡Duerme! ¿quién se inclina sobre su placido sueño? Sus enemigos se han ausentado, y aquí no tiene amigos. ¿Es algún ángel enviado para concederle la gracia? ¡No! Es una forma terrestre con rostro humano!

que los desgraciados fueran acomodados con todo el bienestar que las circunstancias permiten, después que han estado encerrados durante cinco días a bordo de un buque, y en cuyo tiempo no han sido curadas sus heridas. De las once reparticiones que se hallan a mi cargo, fallecieron once hombres durante la noche sencillamente de debilidad y desfallecimiento; lo que, en realidad, pudo haberse evitado si hubieran podido conseguir la clase de alimentos que se debieron haber recibido.»

Al regreso de la señorita Stanley a Inglaterra, se dedicó a proteger a las mujeres y viudas de los soldados. Compró una casa con jardín en York Street, Westminster, donde fundó un gran lavadero industrial. Consiguió del Gobierno un contrato para la provisión de ropa para el ejército, y de ese modo aseguró mucha ocupación para las mujeres desvalidas. La señorita Stanley se consagró enérgicamente a la tarea de aliviar y cuidar a las mujeres de los pobres de Londres. Sólo era una, donde debieron ser diez mil, pero la verdadera mujer halla y hace la labor que está más próxima a ella. Daba diariamente su vida para servicio de otros. Era la personificación del sacrificio de sí misma. Poco le importaba conseguir o no la aprobación de los demás. A algunas que querían andar por las sendas que ella había recorrido, les dijo: «Nunca olvidéis al doctor Arnold. Me repito dos veces al día lo último que él escribió en su diario: «Dejad que yo trabaje para cumplir con la voluntad de Dios, pero sin desear hacerlo antes de que otro lo haga, si tal es su voluntad.»

El buen ejemplo produce siempre buenos frutos. Otras señoritas siguieron fielmente los mismos pasos. Entre éstas debe mencionarse la señorita Florencia Lees, quien no solamente ha sido enfermera de campaña, sino que ha enseñado a otras las obligaciones de enfermera científica. Es extraño cómo surge en el corazón el primer impulso para hacer una buena obra. La pérdida de un hermano querido en China fué lo que la fortaleció para la tarea. Había muerto en el hospital naval de Shanghai, y al representárselo atendido por manos extrañas, sintió el vehemente deseo de hacer a otros lo que otros habían hecho por él.

Esto sucedió cuando ella era una niña. Fué consultado el difunto obispo de Winchester, y le dijo que era demasiado temprano para que se consagrara a una misión semejante. «Aguardad hasta que vuestro pesar haya pasado, aguardad a que vuestro espíritu haya madurado.» Pero su espíritu estaba poseído por la resolución y la esperanza. La señorita Nightingale era su heroína. La consultó y obtuvo de ella los mejores consejos y ayuda, por lo que respecta a su educación en ese concepto. Por fin, después de tres años de espera, entró en el Hospital de Santo Tomás, y principió su práctica como enfermera. Luego pasó al

Hospital de *King's College* y adquirió valiosa experiencia y práctica. Para completar sus conocimientos de enfermería pasó varios años en Holanda, Dinamarca, Alemania y Francia. En Kaiserworth, Alemania, estudió los cursos prácticos de costumbre para jefe de enfermería, y recibió un certificado de capacidad. A la bondad del señor Hasson, director general de los hospitales civiles de Francia, debió la autorización para trabajar en los principales hospitales de París, a cargo de las hermanas católico-romanas. Fué agregada como *hermana postulante*, con las Agustinas, las damas de Santo Tomás de Villanueva y las hermanas de caridad de San Vicente de Paúl. Fué una gran satisfacción para las hermanas, y una gran ventura para sí, el que trabajara tan en armonía con ellas, a pesar de sus diferencias de religión y manera de pensar.

La bondad de las hermanas hacia ella personalmente, se halla por encima de todo elogio. Fué tratada por ellas, en verdad, mucho más como una hermana y amiga, que como una persona separada de ellas por sus creencias religiosas, por la patria y la vida seglar. Además del conocimiento práctico así adquirido, aprendió de ellas muchas lecciones de buen humor en medio de las dificultades, y de esperanza y confianza en una providencia predominante, hasta cuando parecía que todas las cosas marchaban mal, y de fortaleza y una completa abnegación de sí mismas y de la fe que tenían en AQUEL de quien eran y a quien servían. Allí aprendió a conocer cuán precisa virtud es el buen humor en todos aquellos que quieren servir y atender a los enfermos.

Los últimos estudios prácticos y de más valor, los obtuvo la señorita Lees gracias al bondadoso permiso del general Lebœuf, a la sazón ministro de la Guerra en Francia. Por su influencia fué permitido trabajar en los hospitales militares franceses, aprendizaje que era doblemente precioso por el interés tomado en su adelanto por el finado Miguel Levy, quien era director general. Había sido lo que llamaba un compañero de la señorita Nightingale en Crimea, y en obsequio a ella, hizo pasar a la señorita Lees por un curso más severo de disciplina y ejercicio, de lo que habría sido posible para una hermana francesa, o, como regla general, para muchas mujeres inglesas, según él decía. No obstante, el conocimiento práctico que adquirió por la bondad personal de M. Miguel Levy, en el Val-de-Grace, era tan importante, que jamás fué olvidado en el transcurso de su vida ulterior.

Poco después de su vuelta a Inglaterra, tras este largo noviciado en el arte de la enfermería, se declaró la guerra entre Francia y Alemania. Los periódicos estaban llenos de los resultados de las primeras sangrientas batallas. El ejército vencedor conti-

nuaba avanzando y dejaba que perecieran los heridos. Por miles quedaban echados al aire libre, sin que se les cuidara, y desamparados. El corazón de la enfermera conmovióse por la compasión y la simpatía. En el acto se puso en marcha para el continente, acompañada por tres señoras alemanas, pero muy luego se separaron para diferentes direcciones. Atravesando Bélgica fué a Colonia, donde vió a los soldados heridos que estaban acostados en filas a lo largo de los andenes de las estaciones. Después a Coblenza y a Tréveris, e inmediatamente a Metz, que era su estación. Era una ruda jornada cuando dejó el vapor. En medio de la confusión había perdido su equipaje, pero allí estaba ella, sola.

El mariscal Bazaine habíase refugiado en Metz con un gran cuerpo de tropas francesas, y el príncipe Federico sitiaba la ciudad con un ejército de alemanes y de bávaros. La señorita Lees fué destinada a un hospital en Marangue, a retaguardia del ejército sitiador. Llegó al lugar. Era el caserío de una alquería. Un cobertizo estaba convertido en hospital; era un lugar muy desagradable y de escasa comodidad. La enfermera dormía sobre un pequeño saco llenado con paja. Había pocos medicamentos y pocos alimentos. La enfermedad que predominaba era el tífus, ocasionado por la humedad de las trincheras. El lazareto u hospital tenía capacidad para veintidós camas, y éstas se hallaban siempre ocupadas.

La enfermera de un hospital de campaña tiene ante sí una tarea que no es fácil de cumplir. Cuando llegaban los hombres enfermos, tenían previamente que ser lavados; si venían de las trincheras, estaban sus pies tan incrustados de lodo que había que ser raspado antes que pudieran lavarlos. Una vez aseados, eran puestos en sus camas y se les suministraba los medicamentos. Había que lavarles las ennegrecidas bocas a los soldados, tener cuidado de su aseo personal, humedecer sus cabezas por la noche para contener su delirio, bañar sus manos y sus rostros, cambiarles los colchones para evitarles que se lastimasen, y todo esto en medio de las circunstancias más deprimentes.

En ocasiones se ponían los soldados delirantes. La señorita Lees ha narrado la historia de su vida en el hospital de fiebre delante de Metz (1). Una noche encontrábase sola. Oyó un ruido en la habitación alta. Subió y encontró a un soldado delirante que intentaba forzar la puerta. El desgraciado quería irse a su casa, al lado de su *liebe Mutter* (querida madre). Llamó a otro enfermo para que le ayudase, y diciéndole que iría al siguiente día a su casa, logró que volviera a su cama. Otro soldado, en la

(1) *Good Words*, 1873.

habitación baja, buscaba un cuchillo debajo de la almohada de su compañero de cama. La señorita Lees se apoderó del cuchillo, que estaba, en efecto, allí, y lo guardó en lugar oculto. Pero cuando el cirujano hizo la visita, le rogó que no la volviera a dejar sola de noche en el hospital.

La enfermera trabajó allí durante muchas semanas. Muchos murieron, algunos fueron curados y enviados a sus casas para su convalecencia, y otros volvieron al servicio. Al fin se rindió Bazaine; sus prisioneros fueron enviados a Alemania, y el *Príncipe Rojo* y sus tropas marcharon a sitiar a París. La señorita Lees había cumplido su misión en Metz, pero la tarea que se había impuesto no estaba aún terminada. Fué llevada, parte del camino, sobre una locomotora, a Hamburgo, donde se la encargó de un hospital de soldados heridos, bajo la superintendencia de la princesa heredera de la corona de Prusia. La principal dificultad con que tuvo que luchar allí era para asegurar una ventilación conveniente. Los médicos alemanes odian las corrientes de aire. Conforme abría la enfermera una ventana, y se ausentaba, mandaba el médico que la cerraran. Acudió entonces a la princesa heredera, y al cabo tuvo la ventilación conveniente. Es innecesario seguir la historia de la señorita de Lees. Después de su regreso de Alemania, se preparó para hacer un viaje al Canadá y a los Estados Unidos, para inspeccionar los hospitales de aquellos países. Llevó a cabo su propósito en el invierno de 1873: vió todo lo que había que ver en Halifax, Montreal, Toronto, Cleveland, Nueva York, Boston, Filadelfia, Washington y Anápolis. En estos últimos años está la señorita Lees de directora de la Asociación de la enfermería de Westminster, prosiguiendo su buena obra.

Muchas mujeres, jóvenes y de edad, se consagran noblemente a trabajos idénticos a éste. Van a las casas de vecindad y callejuelas de nuestros pueblos y de nuestras ciudades, y cuidan de aquellos que, si no fuese por estos servicios, sucumbirían. Ni sus manos ni sus almas se manchan por el hecho de efectuar los quehaceres más humildes y repugnantes en favor de aquellos de sus semejantes que sufren. ¿Necesitamos citar el trabajo de la señora Walker, entre las jóvenes pobres de Poplar, de la señorita Octavia Hill en el West End Courts, de la señora Vickars entre las mujeres perdidas de Brighton, de la señorita Robinson entre los soldados en Portsmouth? Es preciso reconocer que éstas son obreras excepcionales, y que el mundo aún está atestado con los desamparados, los caídos, los pobres y los abandonados, sin auxilio alguno.

Existe muchísimo heroísmo en la vida ordinaria, que jamás llega a ser conocido. Acaso existe mucho más heroísmo entre los